

LAS OBRAS Y LOS DIAS

LA RIADA: UN COMIENZO

Solamente el futuro podrá darnos la medida de la trascendencia que ha tenido para nuestra ciudad la riada del pasado mes de octubre. Sus efectos —como latigazo y revulsivo— han sido enormes. Ningún sector de la vida ciudadana dejó de percibir la conmoción, que en tantos casos tuvo acentos de tragedia.

Hasta la vida artística quedó interrumpida. Las aguas invadieron sañudamente algunos de nuestros más venerables lugares artísticos. Las plantas bajas del Museo de San Carlos, la Real Academia en el mismo edificio instalada, así como la Escuela Superior de Bellas Artes, sufrieron daños muy cuantiosos y que parecían de difícil recuperación. Sin embargo, el esfuerzo abnegado de cuantos se encuentran vinculados a estas instituciones, ha permitido —por lo menos— una rápida normalización de su funcionamiento.

Naturalmente, sólo hemos mencionado a los principales perjudicados en el campo del arte. En mayor o menor escala, nadie pudo eludir tales perjuicios, como aconteció también al Museo Nacional de Cerámica “González Martí”.

Aunque en el plano privado, no ha sido menos doloroso para Valencia el terrible destrozo ocasionado en la sala de arte y en las colecciones de ese gran valenciano que es don José Mateu. Durante muchos años, la “Sala Mateu” se bastó por sí sola para dar rango a las exposiciones valencianas. Dirigida con finísima sensibilidad y extraordinaria competencia, mereció mil veces el homenaje que —lamentablemente— todavía está por realizarse. Don José Mateu —a quien todos admiramos y queremos— no ha llenado una página, sino muchas, en los últimos tiempos del arte en Valencia. Para corroborarlo, bastará con recordar el certero estímulo (que a veces fue verdadera consagración) recibido por tantos artistas jóvenes, frecuentemente adscritos a tendencias bien poco comerciales, en ocasiones innovadoras, exhibidas con arranque exclusivamente atento a los valores auténticos. Con desprendida generosidad ejerció durante largos años un verdadero mecenazgo, una entrañable tutela, incommovible ante las inevitables ingratitudes e incomprensiones. Consejero y maestro, ha sido y es insustituible.

Observado a escala de nuestra comunidad valenciana, el desbordamiento del Turia justifica hoy —y esperemos que mañana también— ambiciosas esperanzas en cuanto se refiere al porvenir. Organismos creados al efecto, estudian con ahinco soluciones que pondrán a prueba la capacidad de nuestra generación para afrontar problemas de gran envergadura. Dejando aparte los inseparables aspectos económicos y técnicos, la cuestión tiene una inmensa trascendencia artística. Valencia se halla ante la mayor oportunidad de su historia

para acabar con ese desnivel existente entre su riqueza y la actual ramplonería de su estética urbana. Como foco cultural apoyado en la extensión de sus relaciones económicas, puede recuperar la jerarquía perdida —y apenas reconquistada esporádicamente— desde los siglos medievales, cuando tuvimos nuestro verdadero y propio Renacimiento.

Mas estos propósitos fracasarán si se olvida que una ciudad también es una obra de arte, un producto de la actividad creadora de los hombres. Por razones que no nos enaltecen en absoluto, los valencianos llevábamos muchos



Valencia: 14 de octubre de 1957

años enfocando los problemas de estética ciudadana con perspectivas bien cortas, anacrónicas o simplemente medidas con raseros de intereses inmediatos y aspiraciones pequeñas.

La grandeza, la dignidad y belleza del marco urbanístico-arquitectónico, dependen grandemente del respeto por el pasado; pero todavía se derivan en mayor proporción del respeto por el futuro.

AUSENCIAS

Este año tuvimos grandes pérdidas: la de un hombre que dedicó una vida de larga fecundidad a enaltecer el nombre de Valencia y la de dos artistas, consagrado uno con obra copiosa y muy joven otro, que ya había dado frutos más que prometedores. Nos referimos, claro está, a Elías Tormo Monzó, Carmelo Vicent y Manuel Gil Pérez.

En rigor, sería innecesario cualquier comentario sobre la figura de don Elías Tormo después de la magnífica serie de artículos publicada en el periódico

“Levante” por Antonio Igual Úbeda. Allí fueron fervorosa y magistralmente gloriosos los principales aspectos de una personalidad tan brillante y varia como la de don Elías. Por otra parte, en este mismo ARCHIVO se brinda una nota necrológica como Académico de San Carlos.

Son incontables las aportaciones realizadas por este incomparable maestro en el campo de la historiografía artística española. Naturalmente, no vamos a intentar ni tan siquiera un somero resumen de esa labor. La Institución Alfonso el Magnánimo prepara una importante publicación que dejará constancia de la magnitud de aquellas aportaciones, incluyendo también una completa bibliografía.

Como bien destacó Igual Úbeda en sus recientes artículos, el maestro trabajó utilizando medios tan exigüos que sólo pudieron ser suplidos por sus dotes personales de memoria e intuición, unidas a una cultura excepcional y a un entusiasmo sin límites.

Sin mencionar esas canteras, todavía repletas de materiales aprovechables, que son su guía de “Levante” (Madrid, 1923) y su “Valencia. Los Museos” (Madrid, 1932), ¿cómo vamos a olvidar aquellos trabajos fundamentales sobre nuestra pintura cuatrocentista ya aparecidos en 1906 y 1908 en la revista “Cultura Española”? ¿Cómo dejar de citar los cimientos echados por vez primera con sus publicaciones sobre las tablas de las iglesias de Játiva (Madrid, 1912) y sobre Jacomart y el arte hispano-flamenco (Madrid, 1914)? En un sector de investigación y crítica, donde se pisaba con tremenda inseguridad, sentó —con otros maestros— las bases que hicieron posibles futuras rectificaciones. También sobre los Osona dejó importante trabajo en el “Archivo de Arte y Arqueología” (1932-1933), así como sobre otros aspectos en sus “Nuevos estudios sobre la pintura española del Renacimiento” (“Boletín de la Sociedad Española de Excursiones”, 1903), sus “Varios estudios de artes y letras” (Madrid, 1902), su visión de Yáñez de la Almedina (“Boletín de la Sociedad Española de Excursiones”, 1915 y 1924). ¿Cómo no citar el colosal libro sobre “Monumentos de españoles en Roma y de portugueses e hispanoamericanos” (Madrid, 1942)? ¿O su estudio sobre “La Inmaculada y el arte español” (“Boletín de la Sociedad Española de Excursiones”, 1914), sobre “El Divino Morales” (“Museum”, 1917) o Ribalta (“Revista Crítica Hispano-Americana”, 1916)? ¿O sus “Viejas series icónicas de los reyes de España” (Madrid, 1916) y sus escritos sobre Vicente López en el “Almanaque de Las Provincias” de 1914 y el “Boletín de la Sociedad Española de Excursiones” de 1914 y 1916, en cuyo tomo XXVIII también escribió sobre “Orfebrería valenciana de fines del siglo xiv”?

Realmente, la herencia cultural de don Elías ha sido riquísima. Muy especialmente, ha nutrido la historiografía del arte valenciano con lecciones de las que perdurará —como mínimo— su fino y elevado espíritu, su talla excepcional, su maestría.

Carmelo Vicent, escultor de obra bien granada, tiene en este mismo número de ARCHIVO DE ARTE VALENCIANO, órgano de la Real Academia de San Carlos, un merecido “memento” necrológico, como conspicuo miembro de número que fue de la misma y artista y hombre ejemplar, rico en facetas distintas y complementarias de una personalidad inconfundible.

Manuel Gil Pérez murió en agosto de 1957, cuando tan sólo tenía treinta y dos años de edad. Durante sus estudios en la Escuela Superior de San Carlos

ya destacó precozmente como alumno aventajado y prometedor. Luego, al obtener la beca "Conde de Cartagena", estuvo en Londres (donde expuso con éxito), París e Italia. Su estilo post-escolar —con eficaz empleo de un claroscuro con raigambre rembrandtiana— se transformó, concediendo cada vez mayor importancia a la estructuración del volumen, en alianza con una estilización lineal nacida de la gran impresión que le causó Piero della Francesca. Esa síntesis de valores esencialmente murales marca la pauta en su obra más importante: los dos grandes frescos para el salón columnario del Ateneo Mercantil de Valencia, intento para compaginar la condición plana y sólida del muro con la creación de arquetipos no anecdóticos, inmóviles en el rigor de una composición implacablemente equilibrada, restringiendo al mínimo el concepto perspectivo ilusionístico a fin de respetar fielmente el sentido de pared escueta que imponía su integración en el conjunto arquitectónico. El lapso entre la Bienal de Barcelona y el viaje a Santo Domingo señala una evolución clara hacia la distorsión figurativa, ora lindando el expresionismo, ora regresando a su íntima predilección —en el fondo, nunca abandonada— por un ideal de estirpe clásica que le llevaba hacia el reposo y el orden. Ese mismo ideal le condujo —poco antes de morir— hacia una abstracción intelectualista y metódica en la que produjo algunas obras de excepcional calidad.

Manuel Gil Pérez ha dejado unos escritos inéditos, donde aparecen su espíritu reflexivo e inquieto, sus búsquedas, impresiones y experiencias. Personalidad activa y vigorosa, hombre de gran corazón, deja un vacío en las filas del movimiento actualizador del arte valenciano, donde realizó una labor verdaderamente trascendental.

OTRA VEZ GRANADA

La exposición "Ribalta y la escuela valenciana" (Granada, 1956) nos ha traído esta vez la buena nueva de una bella publicación patrocinada por la Dirección General de Bellas Artes. El volumen contiene un enjundioso estudio de José Camón Aznar —"Los Ribaltas"—, una bibliografía, un catálogo muy ajustado y competente realizado por Bernardo Artola Tomás (cuya imprevista muerte nos es conocida al corregir pruebas. E. P. D.), así como cincuenta y nueve reproducciones.

El ensayo de Camón Aznar se divide en tres capítulos: el primero, sobre los orígenes del tenebrismo español; el segundo, sobre Francisco Ribalta; el tercero, sobre Juan de Ribalta. La parte dedicada a Francisco Ribalta se desglosa en sus períodos madrileño, valenciano y el también valenciano del primer barroco, completados con un análisis de su personalidad artística.

Tal como se anuncia en las palabras preliminares, se trata de "consignar... los hitos principales que puedan servir para definir estilísticamente su producción tan heterogénea y tan capital en los comienzos del barroco español".

Aunque esta noción adquiere pleno desarrollo en ese libro fundamental que es "El tiempo en el arte", la consideración de las raíces del tenebrismo español gira en torno a la pugna entre *idea* y *realidad*, sobre el trasfondo de una estética neoplatónica. Con rotunda claridad —casi diríamos que con implacable *relievo*— son valorados los influjos de Caravaggio y Sebastiano del Piom-

bo, trazando esa línea autóctona castellana de doble originación en la dirección escurialense de Juan Fernández Navarrete y en la toledana que hace arrancar de Blas del Prado, Sánchez Cotán y Luis Tristán de Escamilla. También independiente de Caravaggio, la escuela tenebrista de Sevilla se estructura a partir de la personalidad de Pacheco.



Desgraciadamente, es imposible abordar en este breve comentario la eficaz tarea crítica realizada por Camón Aznar al estudiar la evolución, andanzas y producciones de Francisco Ribalta. “A través —dice— de una vida tan escasamente conocida como la de Francisco Ribalta, y de unos cuadros tan desacordes en técnica y estilo, es difícil formar una idea clara de la personalidad de este artista y de su línea evolutiva.” Sin embargo, aparece nítidamente como un heraldo de las concepciones barrocas que darían al arte español uno de sus más recios momentos de plenitud.

Las páginas dedicadas a Juan de Ribalta son acertado resumen de los conocimientos actuales sobre el malogrado hijo de Francisco, a los que añade penetrantes observaciones.

En resumen: “Los Ribaltas” es una hermosa e interesante publicación, digna de los prestigios que la avalan.

PEQUEÑA CRONICA

Pese al rudo golpe que ha significado para la actividad artística en Valencia el cierre —que esperamos sea temporal— de la “Sala Mateu”, el movimiento de exposiciones ha dado muestras de considerable vitalidad, salvando el colapso producido por la inundación.

Precisamente por aquellos días dramáticos se exhibía en el Ateneo Mercantil el “III Salón de Otoño”, convocado, organizado y dotado por esta benemérita entidad —con la eficaz colaboración del Instituto Iberoamericano—, cada vez más representativa y activamente promotora del crecimiento cultural de nuestra ciudad.

Un jurado compuesto por Agustín Albalat —artista premiado en el Salón del año anterior— y José Luis Fernández del Amo —entonces director del Museo Nacional de Arte Contemporáneo—, decidió conceder el premio único de 15.000 pesetas al pintor Salvador Soria, por su cuadro “Vendedor de cocos en la playa”, otorgando menciones honoríficas a las obras presentadas por Andrés Alfaro y Federico Montañana. El premio —que estimamos muy merecido— vino a ser como un reconocimiento al fructífero esfuerzo de un artista que en los últimos tiempos se había superado de modo ostensible, superación ratificada con sus posteriores exposiciones en la Sala Biosca de Madrid y en el Centro de Estudios Norteamericanos de Valencia.

Entre las varias exposiciones celebradas en diversas capitales españolas con el fin de allegar fondos para los damnificados por la riada, destacó —por diversos conceptos— la celebrada en Madrid. Enfocada y resuelta con generosidad, constituyó un gran éxito del arte puesto al servicio de la solidaridad humana.

Coincidiendo con la solemne inauguración de sus nuevas instalaciones, el Centro de Estudios Norteamericanos exhibió la producción reciente de Francisco Lozano, con inusitada afluencia de público y excepcional ambientación periodística.

El Instituto Francés se hizo acreedor a nuestra gratitud al presentar, en el vestíbulo de la Feria de Muestras, una soberbia e importante exposición destinada a explicar la calidad y el alcance de la formidable labor realizada en Francia por las Cooperativas de Reconstrucción de Iglesias. Bajo el epígrafe “Nuevas iglesias de Francia”, se puso de relieve el esfuerzo del gran país vecino en orden a la consecución de un arte religioso actual, cuyas experiencias y enseñanzas sigue atentamente la cristiandad por cuanto afectan a las nociones modernas sobre las casas de oración para la comunidad de los creyentes.

Salvando las naturales distancias de contenido, también despertó singular interés en nuestros medios artísticos la exposición, en el Ateneo, de “Serigrafías norteamericanas”, de innegable valor didáctico para dar a conocer las posibilidades de un procedimiento que entre nosotros ha quedado, desgraciadamente, confinado a unas pocas aplicaciones industrializadas.

El arte joven también dio en este año algunas resonantes muestras de actividad, caracterizadas por un meritorio intento para romper el inexplicable aislamiento que en los últimos años ha reducido al ámbito local la resonancia de los nuevos valores que van surgiendo y formándose poco a poco. Así, el

“Grupo Parpalló” expuso en el Ateneo de Madrid, como homenaje a la memoria de Manuel Gil Pérez; en el Salón Dorado y jardines de nuestra Generalidad, tuvo lugar la primera exposición de “Arte actual del Mediterráneo”, que consiguió reunir artistas de Valencia, Barcelona, Castellón, Alicante y Almería; por último, en justa reciprocidad, la “Asociación de Artistas Actuales”, de Barcelona, invitó al II Salón de Mayo —la más importante manifestación artística barcelonesa— a un nutrido grupo representativo del joven arte valenciano.

Ciertamente, éstos son buenos augurios para el porvenir.

CRECE EL MUSEO DE CERAMICA

Cuando hay competencia y entusiasmo, es posible salvar todas las dificultades. Así lo va demostrando, año tras año, nuestro Museo Nacional de Cerámica. Esta vez han sido inauguradas nuevas salas que siguen siendo un verdadero modelo de acertada instalación.



Antigua cocina valenciana en los nuevos locales abiertos al público del Museo Nacional de Cerámica «González Martí»

Como atinado complemento ambiental de las cerámicas desde ahora expuestas al público, hemos visto también otros objetos (algunos pertenecientes al amplio campo de las artes decorativas) de indudable valor artístico, anecdótico o sentimental. En conjunto, un éxito maravilloso en la creación de un clima adecuado para hacer sentir al visitante la sugestión de una época.

Sería poco cuanto dijéramos sobre el montaje de esa cocina valenciana, en la que aparece resumido e incólume el sentido artístico del pueblo valen-

ciano. La salita árabe es una verdadera joya, así como las tan interesantes dedicadas a Mariano Benlliure ceramista, a las manifestaciones folklóricas o a las traslaciones de conceptos puramente pictóricos, dentro del gusto ochocentista de Francisco Dasí.

A la solemne inauguración asistió don José Maldonado, subsecretario del Ministerio de Educación Nacional. Don Manuel González Martí, ilustre fundador y director del Museo que lleva su nombre, ha vuelto a merecer una vez más la gratitud de todos.

AGUSTIN ESTEVE Y GOYA

Sería imposible olvidar aquí esta nueva publicación del Servicio de Estudios Artísticos de la Institución Alfonso el Magnánimo. El destacado hispanista norteamericano, profesor Martín S. Soria, hace en su nuevo libro fundamentales aportaciones críticas para el deslinde de las producciones del maestro valenciano y el coloso aragonés.

La obra recién publicada se basa en el ensayo aparecido en "The Art Bulletin" (1943), agregando importantes adiciones. A guisa de prólogo, se reproducen las páginas de Enrique Lafuente Ferrari sobre "La situación y la estela del arte de Goya", que figuró como estudio preliminar en el catálogo de la exposición "Antecedentes, coincidencias e influencias del arte de Goya", patrocinada en 1947 por la Sociedad Española de Amigos del Arte.

El trabajo, minucioso y serio, aborda también la catalogación de los retratos de Agustín Esteve, haciendo alarde de impecable técnica erudita. Indices y reproducciones completan esta edición, destinada a ocupar lugar preeminente en la bibliografía sobre materia tan interesante.

Vicente Aguilera Cerni